

Durante un breve instante una expresión inquieta se dibujó en el rostro de milord. Ambos estaban demasiado aturcidos para oír el rumor del vestido de lady Clotilde: los quince minutos habían expirado y ella venía en busca de su marido. El sonido de la voz de Silvia la hizo detenerse; detener sus pasos, detener los latidos de su corazón, helársela la sangre en las venas, hablándole con la voz llena de angustia, hablándole.

—¡Oh cielos! Qué significaba aquello?  
—De pronto, con aguda pena que las palabras dolen de Cirilo!

no pueden describir, recordó que una vez, hacía mucho tiempo, él la había llamado Silvia, y al preguntarle ella la razón, díjola que se había acordado de la heroína de una novela que estaba leyendo. enclavarla en el pavimento, paralizarla de horror y estupor.

—¡Silvia y su marido lord Dyneecourt! ¡Silvia, ¡Silvia! ¿Sería ésta la Silvia de quien él se había acordado? ¿Podía ser posible? Luego detuvo estos pensamientos y los rechazó indignada. ¡Su marido el hombre que había engañado a Silvia, su adorado Basilio! ¡Oh, no!... ¡Fuera tamaño pensamiento! Sin embargo, ¿qué pasaba allí dentro? ¿Cuáles eran las terribles palabras que estaba oyendo?

—¿No sabes,—estaba Silvia diciendo,— que desde que me abandonaste... desde que me dejaste tan cruelmente... he descubierto que nuestro casamiento era legal y válido?

El retrocedió como si hubiese recibido un súbito golpe.

—¡Legal y válido!—exclamó.—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Quiero decir,—exclamó indignada,— que te has tendido tus propias redes! Intentabas engañarme, y te has engañado a ti mismo. ¡Querías defraudarme, y te has defraudado... y a la pobre y noble dama que lleva tu nombre!

Milord dió un paso hacia ella.  
—¡Silencio!—dijo.—¡Por el cielo, recapacita lo que estás diciendo!

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo, y lo repito... ¡nuestro casamiento es perfectamente válido y legal! Tengo consultadas personas inteligentes. Sé que el día que se me antoje reclamar mis derechos y los de mi hijo, se me hará justicia. Tu segundo casamiento con la noble, infeliz señora que se cree tu esposa, no es válido.

—¡No puedo creerlo!—exclamó él con voz enronquecida.

—Lo que no impide que sea cierto. No exijo que me creas bajo mi palabra; consulta el parecer de los hombres de ley. No eres tú el primero, milord, que habiendo tendido una red al vecino, ha caído en ella. Tú pensabas, aquel hermoso verano, cuando te detuviste en la granja escocesa y celebraste lo que eras un casamiento de burlas, que me habías sacado de casa y engañado; has sido la víctima de tu culpa y yo me he salvado. Aquel matrimonio era perfectamente legal... perfectamente de acuerdo con la ley escocesa, y por lo tanto soy yo tu legítima esposa.

Silvia hablaba de una manera tan sencilla y

digna, que lord Dyneecourt estaba aturcido. Aun cuando los intereses que tenía en juego eran tan grandes, no pudo reprimirse, ni aun entonces, demostrar su ligero y frívolo carácter. La dignidad de Silvia, su belleza, le llenaron de asombro; aquella delicada y gentil gracia, lo refinado en dición y maneras eran tan diferentes de lo que él recordaba, que apenas podía dar crédito á sus sentidos.

—Silvia,—dijo de pronto,—¿cómo has cambiado! ¡Cuán hermosa y elegante te has hecho!

—¿Y no te avergüenzas de hablarme de ese modo?—exclamó ella indignada.—¡No es de mi belleza, sino de mi honor y reputación, de la legitimidad de mi hijo, de lo que estamos hablando!

De nuevo hizo lord Basilio un movimiento brusco.

—¿La legitimidad de tu hijo?—repitió lentamente, como si una nueva idea se apoderase de él.—Esas palabras tienen un extraño sonido, Silvia.

—¿Tú sabes,—continuó ella con doblada energía,—tú comprendes la vergüenza que has acarreado sobre ti? ¿Sabes lo que será de la noble dama que has engañado, si hago valer mis derechos? ¿Has pensado en la inmerecida vergüenza que caerá sobre ella?

—Jamás lo he pensado,—contestó él,—sencillamente porque jamás he creído en que mi casamiento contigo fuese legal.

—¿Y osas confesarlo?—exclamó Silvia, todo su ser temblando de indignación.

—Silvia,—dijo lord Dyneecourt de pronto.—¿es posible que tú seas la hermosa protegida de quien lady Clotilde me viene hablando hace tres semanas? ¿Vives como dama de compañía con Mrs. Greville?

—Sí,—contestó ella,—y desde que sé la verdad, las bondades de lady Clotilde casi me matan.

—¿Y puede ser posible,—continuó él, cada vez más asombrado,—que el niño para quien ella me pedía protección, sea tu hijo?

—Sí... el mismo que dejaste, hace tres años, á merced del mundo.

—Este es el más extraño capricho, entre los más extraños de la fortuna,—observó milord melancólicamente.—He recorrido toda Inglaterra buscándote, no he dejado medio alguno para encontrarte, y tú estabas tan cerca de mí... residiendo en mi casa... y ahora recuerdo, aquí caíste enferma.

—Sí; mi enfermedad tuvo su origen en haberte encontrado... En poco estuvo que el golpe no me matase.

—¿Y no me has denunciado?

—No. Noche y día he estado pensando qué es lo que debía hacer en justicia, y no he podido decidir. Lady Clotilde no tiene igual en bondad, belleza, gracia y verdadera nobleza. La amo tan entrañablemente, que, á ser necesario, daría sin vacilar mi vida por ella. ¿Cómo obrar con precipitación en nada que pueda dañarla... el corazón más noble y sincero que late en humano pecho? Si yo fuese sola en el mundo, hubiese preferido la muerte á infligirla un sinsabor. Mi cora-

zón está atormentado entre la amante compasión por ella y la ansiedad por mi hijo.

—¡Pero no es posible, Silvia, que esa historia tuya sea cierta!

—Tan cierta como el sol resplandece en los cielos. Puedes comprobarla.

—Estoy aturcido,—confesó milord;—jamás había pensado en ello. Te confieso la verdad, Silvia... no tuve intención de casarme contigo. Mi pensamiento era engañarte; como eras tan buena ó inocente, no encontré más recurso.

—Lo creo,—replicó ella;—y en cuanto á la validez del casamiento, tú puedes comprobarlo. He callado hasta ahora por consideración á lady Clotilde...

Pero las palabras expiraron en sus labios. Una mano se posó en su brazo. El rostro de lady Clotilde, lleno de horror, estaba frente al suyo.

—¿Quiere usted decirme,—preguntó con voz ronca,—lo que esto significa? ¡Basilio... Silvia!... ¿Estoy loca ó lo estáis vosotros?

Los dos se miraron con indecible desaliento.  
—¡Decidme!—gritó ella.—He comprendido á medias y quiero saberlo todo.

Ellos continuaban mirándose sin saber qué decir.

## CAPITULO XVII

Lord Dyneecourt fué el primero en recobrarle; Silvia estaba abrumada de horror; milord dió un paso hacia su mujer.

—Mi querida Clotilde,—dijo con visible embarazo,—siento mucho que havas oído algo de esta conversación; no tenía idea de que estuvieras tan cerca. Permíteme que pida el carruaje para tí.

Pero ella le desvió con un gesto lleno de majestad.

—No, óyeme,—continuó él.—Quizás á tus puros oídos no deba yo invocar una juvenil imprudencia; pero no fué más... una tontuna de muchachos...

—¡Silencio!—mandó lady Clotilde con calma.—Silvia, contésteme usted á una pregunta... tan sólo una. ¿Es lord Dyneecourt el hombre que la llevó á usted á Escocia... que celebró el casamiento con usted... el hombre que creía usted ser su esposo?

Sus labios temblaban al pronunciar estas palabras. Miraba fijamente á Silvia, pero ésta no despegó los labios; no podía pronunciar la sílaba que iba á acarrear tal ruina sobre la cabeza de la noble y gentil dama que, como ella, había sido tan cruelmente engañada.

Lady Clotilde se aproximó á ella; puso de nuevo su mano sobre el brazo de Silvia.

—Comprendo su generoso silencio,—dijo.—Me evitaría usted este dolor si pudiese. Silvia, recuerde usted lo que le dije cuando me contó su historia; se lo repito ahora. Mejor cualquier tormento, que la angustia de saberme engañada. Dígame usted la verdad... ¿es lord Dyneecourt el hombre?

Era una escena de las que no se olvidan. Lord

Dyneecourt, que había infligido tan terrible sinsabor á las dos inocentes mujeres, estaba con el sonrojo de la culpa en su semblante, los ojos inclinados al suelo: la pintura del delito, de la vergüenza, del embarazo. Hubiese dado todo lo del mundo porque terminase aquella dolorosa conferencia; pero no era posible.

Lady Clotilde—quizás la más profundamente perjudicada—permanecía calmada, orgullosa y digna; todo el dominio sobre sí misma que es posible tener, lo tenía ella. Ocultaba la angustia que la dominaba, esperando quietamente la respuesta que exigía.

—Silvia,—dijo gentilmente,—¿no comprende usted que ese silencio, que significa lástima, es más insultante, más degradante para mí que pudiera serlo el conocimiento de la verdad? Contesteme usted á mi pregunta... ¿es lord Dyneecourt el hombre?

Silvia, llorando, se dejó caer de rodillas, asiendo el vestido á lady Clotilde.

—¡No me oblique usted!—sollozó.—¡Me sería más fácil morir que darla á usted un pesar!

—Estoy plenamente contestada, Silvia,—dijo lady Clotilde con cierta expresión de desesperación.—Abrigaba la débil esperanza de que mis sentidos me hubiesen engañado... esa esperanza se ha desvanecido. Su silencio me dice más que lo hubieran hecho las palabras.

Silvia miró al bello, melancólico rostro. ¡Oh, realmente hubiera sido veinte veces mejor llevar la mancha en la frente, haber hundido un acerado puñal en el gentil pecho, que haberle dicho cuán falso, cuán intrigante, cuán indigno era el hombre que amaba!

Quizás le avergonzó el silencio de Silvia, pues lord Dyneecourt se movió embarazado, y luego, acercándose, dijo:

—Clotilde, nos ahorrará tiempo y pena el que yo te confiese francamente que soy el hombre. Fué una indiscreción juvenil... nada más, por mi honor.

—Tu honor!—repitió ella con calma.—¡El honor de un hombre que ha sido perjuro dos veces!

—¡No seas tan severa, Clotilde! Sé cuán inflexible y severa es una mujer virtuosa... pero recuerda que el pecador más grande puede pedir misericordia. Te repito que fué una indiscreción juvenil... no debes juzgarme con demasiada severidad.

Los ojos de milady se fijaron serenamente en el rostro de su marido.

—¿Conociste á esta joven siendo tan bella, pura é inocente?—preguntó.—Contéstame...

—Sí.

—La amaste; fuiste correspondido, y viéndola tan buena como bella, le pediste su mano. ¿Contéstame!

Milord bajó la cabeza guardando silencio.  
—Así es,—murmuró.

—Ella consintió, creyendo en tí como cree en Dios; te siguió... dejando madre, hogar, amigos... confiando en que iba contigo tan segura como un ángel...

—Así fué,—dijo lord Dyneecourt.  
—La llevaste á Escocia; te casaste con ella; la

hiciste creer que era tu legítima esposa.... y luego te cansaste de ella. ¿No es así?

El bajó la cabeza. Las palabras le faltaron esta vez.

Después lady Clotilde levantó la mano solemnemente.

—Y yo digo, Basilio Dynecourt, que ésta es su esposa, su legítima esposa, ante Dios y los hombres. Yo he sido la engañada. Cuando ella, sin sospechar quién era yo, me contó su historia, le aseguré que era casada. No he cambiado de opinión. Su legítima esposa es ésta, milord. Yo sólo he sido su víctima.

El trató de aproximarse; pero lady Clotilde retrocedió.

—No,—dijo,—todo ha concluido entre nosotros, Basilio Dynecourt. Yo no ocupo lugar de mujer alguna, sino el mío.

—Clotilde! ¿No tienes amor para mí?—exclamó él.

—No, milord, ninguno. Mi amor ha muerto con mi estimación y mi respeto.

—¿Ha habido hombre tan cruelmente castigado?—exclamó lord Dynecourt con tembloroso labio.

—Ni hombre que lo tuviera tan merecido,—respondió ella.—No tema usted, lord Dynecourt; guardaremos todas las apariencias. Está usted pensando en lo que diría el mundo; no dirá nada; no sabrá nada.... por ahora al menos. Volveré con usted á Dynewold House, y desde allí nos dirigiremos juntos á casa de mi madre, lady Voyse, que hará los necesarios preparativos para recibirme.

—Clotilde, no puedes ser tan injusta que me condenes sin oírme.... sin oír mi defensa. Espera, al menos, á saber la opinión de mis abogados.

—No es necesario,—replicó ella.—Conozco las leyes de Dios; esto es suficiente para mí. No me importan las leyes de los hombres.

—Pero eres injusta conmigo,—exclamó él,—más que injusta, cruel. Fíase en su palabra contra mí. ¿Es esto justo?

—No he hecho nada de eso,—replicó lady Clotilde con digna calma.—Te he juzgado y condenado por las palabras que han salido de tus labios. La hiciste tu esposa como ella pensaba y creía, como era realmente hace años. Ahora has de responder de aquello.

Luego volvióse á la desolada criatura que se aferraba á ella. Trató de levantarla, de calmar el apasionado llanto, de secar las amargas lágrimas.

—Silvia,—dijo gentilmente,—es usted mi hermana de infortunio; no hay necesidad de llorar tan amargamente. Usted no me ha ofendido; usted no merece más que bendiciones y plegarias de mi parte. Es usted tan digna de compasión como lo soy yo misma. Es usted la legítima esposa de lord Dynecourt, y su hijo es su legítimo heredero.

Un espasmo de pena pasó por su semblante á estas palabras; pero consiguió dominarse en el acto.

—Debe usted recordar siempre,—continuó, colocando una mano sobre la inclinada cabeza,—

que no hay en mi corazón ni en mi alma un sólo pensamiento malo contra usted. Usted llevará el nombre que yo he llevado; ocupará usted mi puesto; pero á pesar de todo, siempre tendrá usted mi afecto y mi estimación.

Nada podía detener el amargo llanto. Silvia no podía articular una sílaba. El semblante de lord Dynecourt estaba pálido como la muerte.

—Por el amor de Dios, Clotilde,—exclamó suplicante,—no hables así, á menos que no quieras matarme!

Pero ella volvió á Basilio su mirada, orgullosa faz.

—Milord,—dijo,—bueno será que recuerde usted que, excepto en lo tocante á guardar las apariencias, somos extraños por completo.

Entonces Silvia tomó aquellas heladas manos y las cubrió de apasionadas lágrimas y besos.

—Lady Clotilde,—dijo,—deje que me marche lejos de aquí; déjeme usted partir donde me oculte el mundo; no puedo sufrir el que caigan sobre usted las consecuencias de mi locura. Yo soy nadie.... obscura, desconocida. No tengo amantes y orgullosos parientes; no tengo posición; el mundo no significa nada para mí. Usted es una de sus reinas. Ocupa el puesto de que es tan digna. ¡Oh! ¿Por qué no he muerto? ¡Mil veces morir, antes que haberle proporcionado esta pena!

Lady Clotilde miró á la llorosa, suplicante joven.

—Silvia, son vanas todas las súplicas. Usted conoce mis sentimientos; nada puede alterarlos. Un hombre no puede tener sino una esposa; usted es lady Dynecourt.

Un criado anunció que el carruaje esperaba. Silvia desvió el rostro para ocultar sus lágrimas. Lady Clotilde, con la calma de la desesperación, únicamente dijo:

—Le escribiré á usted cuando decida el curso que debe adoptarse. Entretanto, permanezca usted aquí con Mrs. Greville.

Aquella excursión á través de las concurridas calles, cruzadas por gentes felices, risueñas y atareadas, fué como el fantasma de un sueño para lady Clotilde y para el silencioso é infeliz ser que estaba á su lado. Casas, árboles, el sonriente cielo, el sol resplandeciente, el viento quejumbroso, todo parecía confuso. Era como una espantosa pesadilla, de la cual la pobre criatura no debía despertar jamás.

Más semejante á un sueño que á un hecho real; ni una siquiera se daba cuenta de lo que había ocurrido. Un intenso horror la abrumaba. Trató de decirse que el hombre que estaba sentado junto á ella no era su marido; que su casamiento, cualquiera que pudiera ser á los ojos de los hombres, era, ante Dios, un sacrilegio; que ni nacimiento, ni parentesco, ni alto rango, ni nada, había tenido bastante poder para salvarla del cruel destino, el más cruel que podía haber muerto antes!

Los tristes, graves ojos se volvieron á él y lo miraron un momento como diciendo: "La vida encierra agonías más amargas que la muerte."

Después el carruaje se detuvo á la puerta de Dynewold House. Lady Clotilde apartó, con ai-

re de soberbia indiferencia, la mano que lo ofrecían para apearse, y entró en casa sola. Fué casi un alivio para milord encontrarse solo unos momentos. No se recriminaba, no deploró que su locura y su conducta le hubiesen llevado á aquel terreno; se contentó con renegar de su suerte en términos no muy mesurados.

—¿Se ha visto hombre alguno en semejante atolladero?—pensaba.—¿Se ha dado nunca peor suerte? ¿Se conoce peor sombra que el haberse encontrado esas dos mujeres? Pensar que el mundo es inmenso.... y precisamente ellas dos venen á encontrarse.... á cambiar confidencias. Es lo bastante para que uno desee que no existiesen mujeres.... Nada bueno puede venir de ellas.

Temblaba cuando siguió á su mujer dentro de casa. Una cosa era engañar, preparar la deshonor de una obscura muchacha de pueblo; pero otra, muy diferente, haber cometido una terrible equivocación, y dejar que las consecuencias cayesen sobre una dama de ilustre cuna, cuya causa defendería el mundo con inexorable valor.

—Lo peor de todo,—se dijo,—es que Clotilde tenga esa sentimental y rancia manera, que ella llama religiosa, de ver las cosas, y habiéndose hecho el ánimo, nadie le impedirá demos un gran escándalo, y que yo sea el hazmerreír de todo Londres; no creo que haya situación más ridícula para un hombre.

—Milady desea ver á milord en la librería; allí espera,—dijo un criado interrumpiendo aquel monólogo.

—Y si aquí no pasa algo muy gordo,—se dijo Juan cuando se retiraba,—no seré yo el que vuelva á jactarme de saber cómo van las cosas en esta casa.

Cuando lord Dynecourt entró en la librería con el corazón palpitante, lady Clotilde tenía el rostro pegado á los cristales de la ventana. Le impresionó atrozmente el tremendo cambio que se había operado en aquella fisonomía.

Lívida por la pena, desencajada por la angustia; profundos surcos se destacaban donde nunca se habían visto; los ojos estaban velados por una sombra que no debía desaparecer jamás.

Dirigióse hacia ella impulsivamente. Había amado á Silvia con un amor que provenía enteramente de su belleza, su ternura, del ardiente afecto que le profesaba; amaba á lady Clotilde en mejor grado, pero con amor nacido del respeto y estimación por sus virtudes, de admiración por sus altas y nobles cualidades; esto, mezclado con cierta especie de temor y respeto por su opinión.

Olvidó este respeto cuando vió su descolorida faz; tendióla los brazos, tan sólo recordando que era su esposa, la mujer que llevaba su nombre.

—Clotilde!—exclamó; pero ella dió un paso atrás, como si hubiese recibido un golpe.

—Usted olvida,—dijo,—que somos extraños!

—No digas semejantes cosas, Clotilde! No debes encastillarte de un modo tan decidido; atiende á razones. No puedes condenar á nadie sin oírlo.

—Porque amo á la justicia le he condenado á usted,—contestó ella.

—Te he confesado francamente mi indiscer-

eión.... no puede calificarse de delito. Silvia era atractiva.... yo muy joven.

—Silencio!—exclamó ella.—¿No imagina usted lo que me cuesta oír semejante excusa? Ahórreme usted mayores penas.

—Pero debes oírme.... ¿Cómo es posible que puedas comprenderme de otra manera? ¿Cuántos centenares.... miles de jóvenes han hecho otro tanto? Pero después, cuando recapacitan y toman estado, sus esposas no deben tomar á pechos nada de lo ocurrido antes de su matrimonio.

—No me hable usted de otras esposas,—dijo ella;—no me interesa lo que puedan pensar. Mi conciencia es mi único consejero, y escucho sus dictámenes. Todo falso razonamiento, toda sofistería, toda vana excusa, cae deleznablemente ante la eterna verdad. Usted se casó con Silvia y Silvia es su legítima esposa.

—El que persistas en eso, sólo me indica una cosa, Clotilde: que jamás me has amado.

—Ya sabes que eso no es verdad. Te he amado con todo mi corazón, y tú has sido el amor de toda mi vida.

—¿Cómo se explica, pues, tu crueldad?

—Justicia no es crueldad; derecho no es crueldad. Las consecuencias del pecado han de recaer sobre alguien; si recaen sobre mí, tendré resignación. Diga usted lo que quiera, Basilio, pero no vuelva usted á decir que no le he amado. Si no hubiese amado.... ¿por qué mi corazón estaría ahora destrozado?

—¿Tu corazón destrozado, Clotilde!

—Sí.... tan seguro como te lo digo. La vida de mi cuerpo puede durar tanto como á Dios le plazca, pero la vida de mi corazón ha terminado para siempre....

—Si quisieras escucharme.... si pudieses al menos perdonarme.... si quisieras creer en lo profundo de mi pena! ¡Oh Clotilde.... podríamos empezar á vivir de nuevo y ser tan felices!

Lady Clotilde suspiró hondamente.

—No me comprendes,—dijo,—y quisiera con mi alma que me comprendieses. ¿No ves.... no te percatas de lo imposible que es, que nosotros podamos ser felices otra vez? Oyeme, Basilio; jamás he pretendido que acogieras lo que tú llamas mis ideas religiosas.... Jamás; quizás tú no comprendas cuán profundamente arraigadas están en mi corazón, Basilio. No puedo hacer lo que creería una ofensa á Dios.... no podría, aun cuando me ofrecieran toda la felicidad del mundo, por mi pecado.

—Ni es preciso,—contestó él con vehemencia.

—Continúa no comprendiéndome. Te digo, y nada puede alterar mi creencia.... te digo que ante Dios, Silvia es tu esposa. Te casaste con ella, y aun cuando tu intención fuese engañarla, ella era completamente inocente. Tiene el valioso derecho sobre tí. Es la madre primero y más de tu hijo; y, supliques lo que quieras, aduzcas lo que aduzques, nada puede doblegarme. Quedarme aquí, como esposa tuya, sabiendo que no lo soy ni lo he sido jamás, sería ofender á Dios, pecar mortalmente.... ¡y yo no quiero!

Contemplándola, brillando en la noble faz la

ley de los mártires de la antigüedad, lord Dynecourt se sintió más pequeño, más insignificante que se había sentido nunca.

### COPITULO XVIII

Lord Dynecourt comprendió inmediatamente, que si lady Clotilde se atrincheraba detrás de semejantes argumentos, su resolución sería inalterable; y ahora, que por la primera vez se apoderaba de su alma el temor de perderla, comprendió todo lo que aquella pérdida arrastraba consigo.

—Veo que toda súplica es inútil,— dijo.— Clotilde, concédeme una gracia... déjame que envíe por el abogado que conoce todos mis asuntos, que sabe todos los detalles de esta infeliz calaverada, al que encargué de un honroso arreglo, y nos guiaremos por lo que él diga.

Milord estaba seguro que en Mr. Tresham sólo encontraría un aliado; que Mr. Tresham se reiría de los escrúpulos religiosos y morales de lady Clotilde; que la manera seca, prosaica y utilitaria de ver las cosas le inclinaria en favor suyo, y que su experiencia del mundo haría peso en el ánimo de su mujer; pero lord Dynecourt se equivocaba.

—No veo en qué pueda favorecerme la visita de Mr. Tresham,—dijo lady Clotilde con aire fatigado;—las ideas de ese señor sobre el bien y el mal no han de cambiar las mías. Sin embargo, si así lo quieres, que venga. Te suplico que no se me moleste hasta entonces.

Y sin una palabra más salió del aposento, dejando a su marido lo más miserable que haya podido sentirse todavía un par del reino, dueño de una inmensa fortuna.

Había pensado ablandarla por medio de súplicas y plegarias; se había representado una escena donde se veía arrodillado á sus pies, llorando, quizás, si lo encontraba necesario á sus fines, y luego una reconciliación y Silvia espléndidamente dotada, el niño, quizás, adoptado; y todo arreglado agradable y amistosamente. Por supuesto, después, durante algún tiempo, se mostraría lo más contrito y arrepentido. Y con sólo esto se veía salvo de aquella situación difícil.

Pero este sueño no debía verse realizado. Lady Clotilde había dado á la materia un alcance que él no imaginaba. Había hecho de aquello una cuestión religiosa, y, siendo así, lord Dynecourt conocía tan poca cosa de religión, que se dijo, encogiendo de hombros, "que le era imposible fijarse la actitud que debía tomar."

Envío inmediatamente por Mr. Tresham, y este personaje, admirado del contundente aviso, se apresuró á obedecer. Encontró á lord Dynecourt en un estado de gran agitación, recorriendo á grandes pasos la librería.

—Tresham,—gritó milord,—me encuentro en la posición más apurada que se ha visto hasta hoy en hombre alguno.

El abogado, que sabía que en lo tocante á cues-

tion de dinero era su cliente el más próspero de los humanos seres, le miró con sorpresa.

—Pero ¿qué ocurre, milord?—preguntó vivamente.

—Eso es justamente lo que quiero decirle,—contestó él;—pero espérese usted, he prometido á milady no decir una palabra sino en presencia suya. La llamaré... no me atrevo á hacer otra cosa.

—Pero... ¿de qué se trata?—exclamó Mr. Tresham.

—¡Oh!... Aquel terrible negocio de Escocia que ha sido descubierto y milady lo ha tomado de la peor de las maneras... en suma, que no he podido convencerla y es preciso que usted lo intente.

Mr. Tresham se quedó mirando el suelo con aire indeciso.

—Preferiría, de mucho, no intervenir,—dijo.—No conseguiré nada... eso está enteramente fuera de mi jurisdicción. Debiera usted arreglárselo solo, milord. Respetemos el derecho de no intervención.

Y el abogado aparecía tan sinceramente alarmado, que lord Dynecourt, á pesar de la gravedad de la situación, no pudo contener una sonrisa. Pero la sonrisa expiró en sus labios cuando lady Clotilde apareció en la puerta. Mr. Tresham se alarmó más aún al notar su intensa palidez.

—¿Cuánto será su disgusto,—pensó,—para sufrir semejante cambio!

Nada había de trágico ni en su expresión ni en sus maneras; pero su profunda angustia, su indecible pena, resaltaba en todo su ser.

—Lord Dynecourt le ha hecho venir á usted,—dijo al abogado, después de saludarle,—para que dé usted su opinión franca y sinceramente. Pero antes, permítame usted que le advierta que no es una cuestión de dinero, de mundanos intereses ni nada de esta gusá, sino algo que toca muy de cerca á la salvación de las almas. Reflexione usted antes de dar su opinión. Y ahora, milord, exponga usted los hechos.

Lord Dynecourt hizo el relato con extraña y nerviosa vacilación. Lady Clotilde escuchó con calma, y el rostro del abogado se fué oscureciendo á medida que la narración adelantaba.

—Exponga usted los detalles de la ceremonia como me los han referido á mí,—observó lady Clotilde.

Milord obedeció, no sin muchos circunloquios y rodeos. La gravedad aumentó en el semblante de Mr. Tresham.

—¿Y eso fué delante de testigos, vivos aún?—preguntó.

—Sí... supongo que viven aún,—fué la réplica.

—Pero, milord, usted no me refirió esos detalles cuando me comunicó el asunto,—dijo Mr. Tresham.

—No los recordé entonces,—replicó él, afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Es que cambian materialmente el aspecto del asunto, á mi juicio. Le hacen tomar, en efec-

to, una actitud fea, y yo desearía que se me dispensase dar mi opinión.

—No podemos dispensarle,—dijo lady Clotilde.—Es usted el abogado consultor de lord Dynecourt, y viene, por lo tanto, obligado á dar su opinión sincera y honrada.

—Hátle usted sin temor, Tresham,—dijo milord, compadecido del embarazo de su consejero.—Verdaderamente, poca necesidad hay de hablar; á tener el asunto un aspecto lisonjero ya me lo hubiera usted dicho.

La única respuesta de Mr. Tresham fué una especie de gemido.

—En esta forma es por todos conceptos un mal negocio, milord; y temo mucho que, llevado el asunto á los tribunales, éstos se declararían por el primer matrimonio.

—Esta es su opinión como abogado,—observó lady Clotilde;—ahora dela usted como hombre de honor.

—Milady, permítame usted que decline el contestar. Largos años de fieles servicios me ligan á la familia Dynecourt; no puedo juzgar al que ha sido para mí, tanto tiempo, un generoso cliente.

—¿Así, pues, usted emite simplemente su opinión legal al creer que el primer matrimonio sería reconocido?

El abogado se inclinó. Lady Clotilde volvióse á lord Dynecourt.

—Usted se convencerá,—dijo,—de que todas las opiniones legales coinciden con la de Mr. Tresham. Este caballero, ligado á usted por lazos de gratitud ó interés, se ve obligado á deponer contra usted. No tiene más remedio que inclinarse ante lo inevitable. Yo digo ante Mr. Tresham, el primer testigo ante quien hablo, que reconozco nulo y sin efecto mi matrimonio.

El abogado levantóse profundamente afectado.

—Milady,—exclamó,—la suplico que recapacite sus palabras... que piense en las consecuencias. Seguramente puede convenirse un acuerdo que la satisfaga á usted y nos evite toda extremidad. Piense usted en la conmoción, la excitación y la sorpresa del mundo; en la vergüenza, la desolación y el disgusto que hará usted caer sobre su esposo y sobre usted misma. ¡Piense usted en la miseria que proporciona á sus parientes y amigos! ¡No hay que pensar en ello ni un momento, créame usted, milady!

El noble, firme rostro volvióse hacia el abogado.

—Sólo existe una consideración que pesa sobre todas para mí, Mr. Tresham... y ésa no es de este mundo, sino del próximo. Haré lo que creo justo ante Dios... lo demás es secundario.

—Pero, lady Dynecourt...!

—No,—interrumpió ella;—no me pertenece ese hombre.

Mr. Tresham se dejó caer en la silla con un gesto de resignación desesperada. La luz se hizo más intensa en los ojos de lady Clotilde al continuar.

—Este es un siglo mundano, Mr. Tresham; un siglo en que todo lo más sólido se mira con indiferencia... en que los hombres se ponen en abierta rebelión contra los divinos preceptos

del matrimonio. Yo, por mi parte, formule mi protesta contra semejante estado de cosas. No quiero convenios, no quiero arreglos; quiero hacer, sencillamente, lo que es justo; ennegrezca mi vida, destruya mi corazón, me aparte de todo cuanto más amo... cueste lo que cueste, haré lo que sea justo y nada más.

Su voz se hacía más firme á medida que hablaba.

—Me casé con un angel,—pensó lord Dynecourt,—no con una mortal; y entre hombres y ángeles hay muy poco de común.

Mientras, Mr. Tresham, viejo abogado endurecido por la práctica, se enjugaba una lágrima rebelde.

—He pensado acerca del arreglo que parece más conveniente,—dijo lady Clotilde;—es enteramente inútil pensar que esto pueda quedar ignorado del mundo... necesariamente ha de saberse. Tan sólo con que una sola persona aproveche la lección, tan sólo un hombre aprenda á ser menos egoísta, y, una doncella á ser más prudente, mi sufrimiento no habrá sido estéril. Hoy es ya tarde para dar paso alguno; mañana lord Dynecourt, le rogaré á usted que me acompañe á casa de mi madre. Allí nos despediremos para siempre en la tierra; allí pueden avistarse nuestros abogados, y puede usted arreglar como le plazca la cuestión de intereses. Me es completamente indiferente.

—¿Nada puede inducirle á alterar su decisión, lady Clotilde?—preguntó Mr. Tresham gravemente.

—No,—contestó ella con triste y gentil sonrisa;—nada, á menos que pueda usted probarme que es injusta, y esto, temo, es imposible. Adiós, Mr. Tresham; hasta la vista.

Cuando hubo salido de la estancia, lord Dynecourt volvióse al abogado.

—Y bien,—dijo.—¿Conoce usted hombre que se haya visto en situación más apurada? ¿Puede darse asunto más infortunado? ¿Dónde me escondo? ¿Cómo sufrir las burlas y el desprecio de las gentes cuando se sepa esta historia?

Una expresión de algo como ligero desprecio se pintó en el inteligente semblante del abogado.

—Milord,—dijo gravemente,—páreceme que, de los tres, es usted el menos digno de compasión. Lady Clotilde tiene todo mi sentimiento y toda mi simpatía.

—Y así ocurrirá con todo el mundo,—dijo lord Dynecourt.—Eso precisamente es lo que me irrita más. Después de todo... hablando con franqueza, Tresham... ¿qué he hecho yo que no hayan hecho otros jóvenes de mi posición? He sido mil veces mejor que muchos.

—¡Doy gracias á Dios,—dijo el abogado,—por no haber sido un joven de posición! Pero no soy buen juez de semejantes locuras. Es preferible arruinar á los clientes, como se dice de nosotros, á destrozar corazones.

—En fin... es un trance apurado. ¿Cómo me encaro yo con lady Voyse? Tiene las mismas ideas que su hija. Voy á parecer un colegial cogido en una travesura; sin embargo, un noble